SANCHO, O LA EXALTACION DEL PUEBLO ESPAÑOL

POR

LUCIO PABON NUÑEZ (*)

Capítulo primero

¿PUEDE AUN SER EXAMINADO EL TEMA DEL QUIJOTE?

Dos grandes vacilaciones han agitado mi espíritu cuando he considerado la posibilidad de este acto. *La primera,* relacionada con el mismo ingreso: ¿Debía hacerlo? Venir a sentarme junto a ejemplares árcades, maestros del idioma, ¿no constituye una incalificable audacia? Sólo viendo cómo en parecidos colegios—por ejemplo, la Real Academia Española, o la Academia Francesa— es principio orientador el que haya en su seno representantes de la mayor parte de las profesiones con destacada influencia en el desarrollo de la sociedad, vinculados todos por el cultivo constante de la literatura o por la simple afición a tan hermosa soberana, ya que una lengua, si necesita el cuidado amoroso de los técnicos, también como ser viviente tiene que extraer su cotidiana savia de todas las capas sociales sobre las que se levanta; y pensando que hasta para que puedan establecerse contrastes, bueno es que se cuente con puntos menores de relación; me determiné a venir hasta vosotros, precisamente como el elemento exiguo para cualquier comparación, sostenido por mi fiel amor a las bellas letras y a nuestro imperial idioma, y por mi propósito de superarme a vuestro lado, en una de las más nobles tareas al servicio del espíritu y de la patria.

La otra vacilación se vincula al tema que tenía que desarrollar aquí. Nada tan natural como tratar de quienes contribuyeron más decisivamente a modelar el castellano, de los llamados clásicos españoles, entre los cuales tiene el cetro indiscutible Miguel de Cervantes Saavedra. Siendo el *Quijote* la obra mejor del hidalgo de Alcalá, y poseyendo yo una buena cantidad de fichas elaboradas, al leer aquellas páginas, en el curso de los años, no me pareció forzado tomar un grupo de tales cédulas para preparar este discurso. Sin embargo, surgieron pronto dos grandes objeciones:

(*) Discurso pronunciado para ingresar en la Academia Colombiana, en la sesión del 25 de noviembre de 1963.

Primera.—¿No es el colmo de la necedad venir yo a hablar del libro inmortal en esta insigne corporación, en la que aún resuenan las cláusulas medulares que a su ingreso pronunciaron sobre el mismo tema Sergio Arboleda, Carlos Martínez Silva, José Vicente Castro Silva y Rafael Maya? Y se agranda el agobio al recordar que en otras ocasiones los académicos Miguel Antonio Caro y Marco Fidel Suárez expusieron acerca de igual sujeto sus opiniones, autorizadas como pocas; y que, aunque no propiamente sobre el *Quijote*, sino en torno de las demás obras de Cervantes, disertó aquí al ser recibido el científico y letrado Emilio Robledo. Podían seguirse añadiendo nuevos elementos a la objeción, como los trabajos de Rafael Torres Quintero acerca de la bibliografía cervantina en Colombia, el de Manuel Antonio Bonilla sobre Cervantes y su obra, el del correspondiente Carlos E. Mesa en torno del *Persiles*, o como las felices imitaciones del estilo y los personajes de don Miguel, realizadas por los no menos ilustres árcades Diego Rafael de Guzmán en sus *Novelas ejemplares*, y Julián Motta Salas en *Don Alonso Quijano el Bueno* y *Recuerdos del ingenioso hidalgo*. Bien puede afirmarse que en la Academia Colombiana está agotado el tema cervantino desde hace mucho tiempo.

Y viene la *segunda objeción:* En 1905 (en el discurso que sobre la cultura literaria de Miguel de Cervantes y la elaboración del *Quijote* leyó en el paraninfo de la Universidad Central, de Madrid), apreció Marcelino Menéndez y Pelayo que su asunto estaba ya «muy trillado». Se necesita tener la portentosa erudición y sobre todo la gigantesca inteligencia del polígrafo santanderino para vencer esa grave dificultad de lo *tan común y sabido*, como él la venció, y ¡con qué vigorosa y lúcida maestría! Y como si eso fuera poco, encuentro en un volumen de 1953 (*Diccionario de la Literatura*, de Federico Carlos Sainz de Robles), que en aquella fecha pasaban de 6.000 los libros sobre Cervantes, que llegaban a 60.000 las monografías y a 500.000 los artículos periodísticos de igual signo. Creo que puede decirse «basta» ante las biografías de don Miguel por Navarro Ledesma y por Luis Astrana Marín (diversas épocas; diversos, pero sustantivos méritos), y ante las ediciones del *Quijote* por Clemencín, Hartzenbusch, Cortejón, Schevill y Bonilla (en *Obras completas de Cervantes*), y Francisco Rodríguez Marín; y sobre todo, ante los estudios de Menéndez y Pelayo, Menéndez Pidal, Julio Cejador y Frauca, y de nuestro Miguel Antonio Caro.

Con todo, libros y artículos siguen lloviendo. Entre los últimos tomos que he podido hojear, cito éstos: *La profesión de don Quijote*, de Van Doren, publicado en 1958 por Columbia University Press, en inglés, y por el Fondo de Cultura Económica (Méjico, 1962), en español; *¡Don Quijancho, maestro!*, por José Larraz (Madrid, 1961), y *Vocabulario com-*

pleto de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra, de Carlos Fernández Gómez, galardonado en 1959 y publicado en 1962 por la Real Academia Española.

Las respuestas a esas tremendas objeciones pueden ser las que ahora enuncio:

1.ª *La de Salvador de Madariaga,* quien en la tercera década de nuestro siglo, al ir a escribir su *Guía del lector del Quijote,* se encontró con este pensamiento de Lockhart: «En nuestro país, casi todo lo que un hombre sensato desearía oír sobre el *Quijote* se ha dicho y redicho por escritores cuyas opiniones sentiría repetir sin sus palabras. y cuyas palabras apenas me sería perdonado repetir.» No se amilanó el sagaz comentarista, porque le vinieron fuerzas reparadoras de esta reflexión: «Mas este postulado pierde de vista el rasgo principal, la esencia misma de la obra de arte, lo que la separa no sólo de la materia amorfa, sino también de las obras seudoartísticas ejecutadas sin inspiración, a saber: que la obra de arte *vive.* Es concebida y creada, y largo tiempo después de el espíritu que la creó se haya despojado de su vestidura mortal, la obra de arte sigue creciendo. Para nosotros, hombres del siglo xx, la Catedral de Chartres, *Hamlet,* la *Novena Sinfonía,* el *Moisés* de Miguel Angel, no son lo que fueron para los coetáneos de sus respectivos creadores, ya que desde entonces se han asimilado siglos enteros de vida humana. Y por eso, pese al consejo de Lockhart, podemos aventurarnos a hablar de don Quijote; porque, aunque sea nuestro caletre más pobre que el de los críticos de antaño, don Quijote es hoy más grande que cuando, armado de punta en blanco, salió de la imaginación de Cervantes, más rico de toda la riqueza de experiencia y aventuras que ha adquirido en trescientos años de correrías por los campos ilimitados del espíritu humano.»

2.ª *La de «Azorín»,* coincidente con la anterior y según la cual lo vital del Quijote está en que cada individuo puede sacar de su lectura una impresión distinta, de acuerdo con las circunstancias. El mismo autor, en otra parte, al referirse a las interpretaciones dadas al sentido fundamental del libro, pregona no sin razón: «La obra es tan resistente que lo soporta todo.»

3.ª *La que podemos sacar de esta observación de todos los días:* Con los mismos elementos, Dios, en el tiempo y la geografía, hace desfilar una serie inagotable de rostros humanos, sin que se pueda decir que dos de ellos sean exactamente iguales. Cosa similar acaece en el mundo de la creación humana, porque no en vano el Señor dijo al principio de las eras: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza.» Unas labores serán mejores que otras, pero seguramente algo habrá —como en los rostros— en cada una distinto

de lo que hay en las demás. Al menos, una emoción nueva, o una fase nueva de la misma emoción.

4.ª *La señalada por el ritmo del universo,* ritmo tan profundo y bellamente traducido así por el controvertido autor del *Eclesiastés:*

«Pasa una generación y viene otra, pero la tierra es siempre la misma. Sale el sol; pónese el sol y corre con el afán de llegar a su lugar, de donde vuelve a nacer. Tira el viento au mediodía, gira al norte, va siempre dando vueltas y retorna a sus giros. Los ríos van todos al mar, y el mar no se llena; allá de donde vinieron, tornan de nuevo para volver a correr. Todo trabaja más de cuanto el hombre puede ponderar, y no se sacia el ojo de ver ni el oído de oír. Lo que fué, eso será. Lo que ya se hizo, eso es lo que se hará; no se hace nada nuevo bajo el sol. Una cosa de que dicen: «Mira esto, esto es nuevo», aun ésa fué ya en los siglos anteriores a nosotros; no hay memoria de lo que precedió; ni de lo que sucederá, habrá memoria en los que serán después.»

Estamos sujetos, por tanto, a la ley de la repetición cósmica, histórica, humana; pero tal regla no debe privarnos de ímpetus para el trabajo personal, porque condiciones inalterables de esa norma divina son, como acabamos de oírlo, que *el mar no se llene, ni se sacie el ojo de ver ni el oído de oír.*

Quedáis, pues, señores, enterados de por qué contra viento y esperanza he llegado ante vosotros a intentar un examen de la personalidad de Sancho como símbolo de la excelsitud del pueblo español.

Capítulo II

EL INGENIOSO HIDALGO DON ANTONIO GOMEZ RESTREPO

Pero, antes de seguir, el rito y el afecto imponen una pausa para, a mi turno, exaltar la gloriosa figura de aquel buen hidalgo santafereño llamado don Antonio Gómez Restrepo, a quien correspondió la silla que me habéis señalado, y cuya sabiduría se aplicó, en nombre de esta Academia, a estudiar, con motivo del tercer centenario de la muerte, a don Miguel de Cervantes Saavedra.

Recuerdos personales

Me vais a permitir que en esta parte acuda a tres recuerdos de mi vida. En mis años de adolescencia provinciana, en aquella ligera y dulce edad de las primeras ilusiones, en mi entrañable y ensoñadora

Ocaña, entre los versos que fácilmente se quedaron vibrando en mi memoria, figuran los de *Leyendo a Homero:*

Y en medio a los despojos,
de fieros dardos bajo recia lluvia,
ven asomar mis fascinados ojos,
llena de amor, tu cabecita rubia;

los de

Hay ojos soñadores y profundos
que nos abren lejanas perspectivas...;

y aquéllos de

¡Feliz quien halle en juventud florida
un alma de mujer que lo comprenda!...

Además de estas deliciosas estrofas de Gómez Restrepo, me complacía en recordar algunos párrafos del enjundioso discurso suyo al descubrirse en uno de los parques de Bogotá el busto de mi paisano José Eusebio Caro.

Cuando en 1935, haciendo en los venerados claustros bartolinos mi quinto año de bachillerato, y atendiendo al propio tiempo y en virtud de la bondad del humanista José Celestino Andrade, S. J., la secretaría privada de este abnegado maestro, tuve —para arreglar algún aspecto del programa que la recién nacida Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Javeriana dedicaba a la celebración del segundo milenario de Horacio— que visitar en su residencia a don Antonio, mi llameante culto al cautivador poeta y al convincente crítico se avivó muy grandemente con la admiración por el caballero cristiano, majestuoso en su sencillez y digno en su afabilidad. Ya por aquel entonces la enfermedad ocular que durante varios años atormentó al maestro ponía un especial sello de venerabilidad en la faz patricia.

El tercer recuerdo va a 1947, cuando falleció Gómez Restrepo. Dirigía yo en aquellos días las *Páginas literarias* del diario bogotano *El Siglo*. Nada tan de mi gusto como ofrendar una edición al que llamé «patriarca de la literatura colombiana». Mis breves notas de introducción al homenaje fueron toscas ciertamente, pero se esmaltaron con el cariño hondo y puro. ¡Quién iba a imaginar en estos episodios que vuestra generosidad sin límites me vincularía tan indesatablemente ahora al inmarcesible prócer de la literatura y de la vida! Por lo que a don Antonio atañe, ¡Dios os lo perdone!; en cuanto a mí, ¡Dios os lo retribuya!

Me parece un tanto curioso el fenómeno de Gómez Restrepo en la historia nacional. En los lindes mismos de la adolescencia y la juventud, por no decir de la niñez y la adolescencia, recibió las primeras consagraciones como poeta y crítico; durante su larga existencia ejerció con eficacia meritoria las funciones de catedrático, periodista, banquero, secretario del ministerio de relaciones exteriores, ministro encargado del mismo despacho, ministro de educación, representante diplomático, miembro del Congreso, etc.; pero muy pocos hoy lo recuerdan vinculado a estas empresas, en las que tanto bien hizo y desde las que tantas enseñanzas teóricas y prácticas supo dar; todos, en cambio, lo celebran como cuando apareció en la vida de las letras: en sus calidades de poeta y crítico. Creo que un deber nuestro es el de revisar el archivo de Gómez Restrepo y consultar los numerosos documentos que sobre él poseen varias oficinas públicas de esta capital, para elaborar la biografía completa que merece estadista tan preclaro. Sus lecciones universitarias, sus realizaciones de gobernante, sobre todo en el campo del Derecho Internacional, seguramente nos darán motivos para amplios comentarios laudatorios. Mientras esa justa empresa sea apenas un proyecto, contentémonos con repetir las frases de bien cimentada admiración por su obra literaria.

Además de las poesías que hace poco recordé, suelen los antologistas recoger éstas: *Amor supremo, A una sevillana, Vida nueva,* el soneto que empieza así: *Bendito Tú, Señor, que me la diste..., En los campos de Asís, A una moneda de Nerón, Toledo, Dolor, Ante la estatua de Marco Aurelio, Al templo de Neptuno en Péstum, Ocaso, Don Bosco, Viaje a Grecia, El Generalife, El Greco, Desolación* y otras más. También son generalmente apreciadas las traducciones que hizo de varias literaturas, sobre todo las de Leopardi.

Precisamente esta Academia obtuvo que su laborioso miembro José J. Ortega Torres coleccionara en 1940 las poesías del maestro como homenaje a quien durante tanto tiempo fué su secretario. En seis partes dividió el P. Ortega Torres su labor: *Ecos perdidos,* composiciones juveniles; *Sonetos; Cantos de Giacomo Leopardi; Poesías varias; En la región del ensueño,* juguete escénico; y *Relicario,* poemas dedicados a la primera esposa de don Antonio, la virtuosa dama doña Paulina Mallarino. En 1949, dos años después de la muerte del poeta, nuestro no menos hidalgo director, P. Félix Restrepo, S. J., en el discurso que pronunció al ser recibido miembro de la Academia de la Historia, dió a conocer varias otras piezas, escritas por Gómez Restrepo después de publicado el volumen que preparó Ortega Torres. En este discurso, dedicado por entero a enaltecer a don Antonio, el P. Félix demuestra que

«en nuestro parnaso ocupará siempre lugar distinguido: poeta del hogar, poeta de la fe, de la naturaleza y de la tradición».

Con plena justicia los comentaristas destacan la perfección, apellidada a veces «parnasiana», de la mayoría de sus sonetos. Suelen éstos tener una idea fulgurante, una musicalidad hechizadora y un cierre de hiriente plasticidad; pero en no pocas ocasiones no son éstas precisamente las calidades que más contribuyen a hacerlos perdurables, sino las armoniosas vibraciones de un corazón noblemente apasionado. No son muy comunes los ejemplos de cantores que como Gómez Restrepo —léanse en comprobación *Leyendo a Homero, Los ojos* o *Dolor*— dan cauces de serenidad clásica a conmovedores sentimientos y alados ensueños de la más pura esencia romántica. Oid qué afortunada combinación de hondura afectiva, de transparencia conceptual y de depuradas formas las de estas estrofas de *Dolor,* poesía escrita cuando murió doña Paulina en Roma:

Solo me siento, solo
en el recinto inmenso
de la Ciudad Eterna, que me abruma
de su grandeza augusta con el peso.
¡Y cuántas veces por las noches vago
al pie de sus gloriosos monumentos,
llorando como un niño
que abandonó su madre en el invierno!
Solo me siento, solo,
doliente, viudo, huérfano,
sin el blando calor de una esperanza,
sin un rayo de luz en el cerebro,
y asido en el naufragio
a una tabla flotante: ¡mis recuerdos!

El crítico

La mayor resonancia de Gómez Restrepo se debe a su dedicación a la crítica literaria, empeños altísimos que se tradujeron en numerosos discursos y artículos, en el famoso resumen que sobre la historia de nuestra literatura escribió para la *Revue Hispanique,* de Nueva York, y en los cuatro volúmenes de la *Historia de la Literatura colombiana.* Entre los primeros recordamos los destinados a estudiar a José Eusebio Caro, Miguel Antonio Caro, Menéndez y Pelayo, Goethe, Santa Teresa de Jesús, Hamlet y Segismundo, Carducci y Leopardi. Hace algunos años el Ministerio de Educación Nacional publicó un tomo con varias de estas ejemplares producciones; pero no son pocas las que todavía están en revistas, periódicos y aun entre los papeles inéditos del maestro esperando al justiciero colector. La muerte sorprendió a don Antonio cuan-

do redactaba el quinto y último volumen de la *Historia de la Literatura*. Su segunda esposa, la gentil dama doña Lola Casas, debe guardar las páginas ya preparadas y los documentos relacionados con las que iban a escribirse; quizá no sea imposible que la Academia o el Instituto Caro y Cuervo recojan ese material, lo completen y publiquen. En los volúmenes conocidos hay capítulos especialmente trabajados que valen como dechados de monografía perfecta; por ejemplo, en el I, el examen de Juan de Castellanos y el de Hernando Domínguez Camargo; en el II, el de la madre Francisca Josefa del Castillo y Guevara; en el III, el estudio del ambiente intelectual en que se formaron los próceres de nuestra independencia y la obra literaria de los mismos; y en el IV, el del proceso del romanticismo en nuestra patria: muy difíciles de apareamiento son aquí los análisis de José Eusebio Caro, Julio Arboleda, Rafael Pombo, Rafael Núñez y Gregorio Gutiérrez González.

Dos grandes luminares de la crítica, Miguel Antonio Caro y Marcelino Menéndez y Pelayo, influyeron destacadamente en la formación de Gómez Restrepo; de ellos aprendió a valorar la orientación doctrinaria de las producciones ajenas, sin mengua de la calidad estética. Como él mismo lo observó cuando estudió a Caro como crítico, al aparecer éste en nuestro medio, el examen de las obras literarias se ceñía a normas gramaticales y retóricas, o se reducía a simples panegíricos. Caro, con su formación humanística, su vigoroso entendimiento filosófico y «su perspicaz talento analítico», inició en Colombia la verdadera crítica de ideas y estilos. Después, Carlos Arturo Torres y Baldomero Sanín Cano, muy distinta visión ideológica a la de Caro, pero de clara inteligencia y fuerte información, cultivaron la crítica dentro del ámbito de los sistemas; mas quien recogió la enseñanza de don Miguel Antonio y la completó con los adelantos experimentados en el viejo mundo en la materia fué Gómez Restrepo, de quien en cierto modo fueron discípulos Fernando de la Vega y José Fulgencio Gutiérrez, y lo es Nicolás Bayona Posada, y de cuyas manos pasó el cetro a Rafael Maya y al bien formado grupo de investigadores del Instituto Caro y Cuervo. Hoy la crítica se preocupa más por la depuración de las investigaciones básicas y por el análisis de las formas estilísticas; pero no descuida el atender a la vertebración de las corrientes históricas a lo Macaulay, ni a la fundamentación humanística y profundización psicológica a lo Sainte-Beuve, ni a las vertientes sociológicas de Taine, ni a las estéticas de Brandes o de Sanctis, a todo lo cual atendió de especialísima manera, según su propia confesión y según resalta de sus obras, Antonio Gómez Restrepo. Sin apartarse él un ápice del credo filosófico de Caro y Menéndez y Pelayo, supo abrir en estos campos el espíritu a todos los movimientos de renovación recibiendo de cada cual lo mejor de la doctrina

y del ímpetu creador. Repasemos, por ejemplo, sus ya recordadas monografías sobre la formación intelectual de nuestros libertadores o sobre la aparición del romanticismo en Colombia, y veremos cuán magistral se muestra en el enlace de las producciones con las corrientes universales del pensamiento en la época del personaje y con la biografía de éste; y en la confrontación de las ideas con el propio tesoro doctrinal, confrontación debidamente atemperada por la amplia comprensión del artista auténtico.

Y todo ello expuesto en una prosa rica, armoniosa, correcta, brillante igualmente por la luz del pensamiento como por la de la simple forma. Lo mismo que en sus versos, en la cláusula, Gómez Restrepo hacía hervir la vida sin transgredir las leyes del equilibrio clásico.

No sobra el advertir que el estilo de sus discursos académicos y el de sus trabajos para libros, revistas y periódicos, suelen ofrecer algunas diferencias marcadas por el destino de cada cual; en los primeros, atavío y sonoridad; en los otros, más síntesis y mayor sobriedad ornamental.

Para terminar, anoto que Gómez Restrepo contribuyó como colector y comentarista a la publicación de varias obras de Miguel Antonio Caro, Rafael Pombo y Marco Fidel Suárez.

Algunos han censurado a nuestro crítico la benevolencia que dispensaba a muchas producciones, lo que se patentiza no en sus grandes estudios, sino en las presentaciones que a veces hacía de autores incipientes. Bien entendía él que en estos casos, más que el golpe paralizador a lo Clarín, valía la amonestación cariñosa y el familiar aupamiento.

Sólo me falta el lamentar que sea mi osadía la que viole la advertencia de aquellos versos de Ariosto, relativos a las armas del paladín francés, que tan oportunamente solía don Quijote recordar:

Nadie las mueva
que estar no pueda con Roldán a prueba.

Capítulo III

COMO NACE Y SE DESARROLLA SANCHO PANZA

Y es hora de volver al bizarro compañero del hidalgo de Argamasilla.

Como lo apunta Ramón Menéndez Pidal, Cervantes no ideó a don Quijote «dentro de un plan bien definido desde el comienzo, sino en una visión sintética algo confusa». Hace ver el gran investigador que el manchego en su primera salida sigue los pasos del pobre labrador Bartolo, protagonista del *Entremés de los romances,* quien enloquece de tanto leer el Romancero y se entrega a imitar a los héroes de tales

páginas. Este desdoblamiento de la personalidad de don Alonso desaparece pronto: «Cervantes —afirma Menéndez Pidal— veneraba el mundo épico, y en cuanto se vió libre de la sugestión del entremés, hizo que la locura de don Quijote se retirase por completo de los versos del Romancero y se refugiase, como en su propio alcázar, en las fantásticas caballerías de los libros en prosa.» Mucha controversia ha habido sobre la paternidad y fecha del citado entremés; quien primero lo publicó (1874) fué Adolfo de Castro, y él lo atribuyó al propio Cervantes, opinión no compartida por Menéndez Pidal y otros investigadores Pero lo que importa en esta cuestión es que Bartolo y don Quijote —éste después del apaleamiento que le propinó el mozo de mulas de los mercaderes toledanos— se ven transformados en varios de los personajes de sus acalenturadas lecturas; y que don Alonso, de su segunda salida en adelante, ya no vuelve a tales metamorfosis. Con lo que se afianza la tesis de don Ramón: que el novelista «sólo durante el desarrollo de la obra, va, con lentos tanteos a veces, desentrañando y llamando a vida toda la compleja grandeza que latente dormía en la primera concepción del genio».

Este gradual desenvolvimiento de la creación cervantina se evidencia más en Sancho que en el propio don Quijote. En la primera salida, el caballero anda solo; cuando prepara la segunda, quizá recordando alguna frase del ventero, que fué su padrino de armas, decide convencer a un labrador vecino para que se salga con él y le sirva de escudero. La idea inicial de Cervantes es la de que sea Sancho el representante de la lucidez común frente a la locura del amo, que actúe algo así como muchos años después puso Collodi a actuar al Grillo en las aventuras de Pinocho: a manera de conciencia. Esta lucidez debe señalar la desnuda realidad antes y después de las hazañas fantásticas y, como natural derivación, debe hacer surgir el consejo en el momento oportuno.

«Mire vuestra merced —respondió Sancho— que aquello que allí se parece no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas que, volteadas del viento, hacen andar las piedras del molino.» 1. Así empezó el buen escudero a cumplir su misión. Y la continúa pacientemente a pesar de la pétrea sordera del hidalgo, advirtiéndole que unos bultos negros que se acercan no son raptores de princesas, sino frailes de San Benito, que las ventas no son castillos, ni ejércitos los rebaños de ovejas, y de tal forma, hasta hacerle una larga argumentación para convencerlo de que no encantado, sino «embaído y tonto» regresaba a su aldea el caballero, en una jaula de palos enrejados, acomodada en un carro de bueyes. En la segunda parte se atenúa bastante este papel de pertinaz amonestador, sin extinguirse del

todo, como se ve en la aventura del barco encantado o en este apunte de uno de los últimos capítulos. 2. Cuando don Quijote quiere marchar a Berbería a rescatar al enamorado don Gregorio: «Advierta vuestra merced —dijo Sancho, oyendo esto— que el señor don Gaiferos sacó a su esposa de tierra firme y la llevó a Francia por tierra firme; pero aquí, si acaso sacamos a don Gregorio, no tenemos por dónde traerle a España, pues está el mar en medio.»

En cuanto a su comportamiento como simple consejero, lo inicia con ejemplar juicio tras la aventura de los frailes y el escudero vizcaíno, invitando al amo a asilarse en una iglesia; y un poco después, ante los excesivos anuncios de venganza del adalid, con esta anotación de noble contenido jurídico: «Advierta vuestra merced, señor don Quijote, que si el caballero cumplió lo que se le dejó ordenado de irse a presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debía, y no merece otra pena si no comete nuevo delito.» 3. Más tarde aconseja, para mayor provecho de la dura vida en que andan comprometidos, irse a servir «a algún emperador o a otro príncipe grande, que tenga alguna guerra, en cuyo servicio muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento». 4. Al sufrir los reveses de la libertad de los galeotes, lo lleva a esconderse de la santa hermandad en Sierra Morena; ante las halagüeñas perspectivas de enderezar los entuertos de la princesa Micomicona, pide al hidalgo casarse con tan empinada dama; al empezar las andanzas de la segunda parte, mediante un hábil razonamiento, lo incita a ser santo: «Así que, señor mío, más vale ser humilde frailecito, de cualquier orden que sea, que valiente y andante caballero; más alcanzan con Dios dos docenas de disciplinas que dos mil lanzadas, ora las den a gigantes, ora a vestiglos o a endriagos.» 5. Infatigable y sensato consejero sigue siendo Sancho hasta el final, cuando la agonía del amo le arranca este sentido clamor: «No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años.» 6. Al chocar el buen sentido común de Panza con las obstinadas alucinaciones de don Quijote, surge, naturalmente, la risa, que es lo que Cervantes persigue; en el curso de los episodios va dando más amplia personalidad al escudero, convirtiéndolo en archivo folclórico de intenso colorido y en agente de muchos gracejos, atento a la intención primera de hacer de Sancho una fuente de regocijos: «Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte a conocer tan noble y honrado caballero —dice Cervantes en el prólogo de la primera parte—; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien, a mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas.» Al final de la

novela, cuando los protagonistas causan admiración en Barcelona, don Miguel vuelve a relevar la misión primitiva: «Los donaires de Sancho fueron tantos, que de su boca andaban como colgados todos los criados de casa y todos cuanto le oían.» 7. «... y si no fuese contra caridad, diría que nunca sane don Quijote—confiesa don Antonio Moreno—, porque con su salud no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza, su escudero, que cualquiera de ellas puede volver a alegrar a la misma melancolía.» 8. Ante estos empeños y declaraciones del autor, ha surgido una imagen falsa de Sancho: la del hombre materialista y simple o tonto, «con poca sal en la mollera», enfrentada a la del idealista y agudo don Quijote. «No fué la crítica de los libros de caballerías—sostiene José Larraz—ni cualquier otro embozado propósito de Cervantes, lo que ha hecho del *Quijote* una obra eterna y universal. Fué la genial creación de dos símbolos humanos: dos tipos —extremadísimo el uno y extremado el otro— encarnados en constitucionnes personales vivas.» Un poco adelante este autor identifica a Sancho con «el realismo pedestre», y a don Quijote ,con «el idealismo falso y desorbitado». Y un crítico tan penetrante, como Angel Valbuena Prat, refuerza esta tradicional y errada interpretación: «Las figuras centrales del *Quijote* con la consecuencia viva de la oposición entre el idealismo platónico del pensamiento de Cervantes y su poder de observación realista. Los dos órdenes de valores que en el momento del arte y las ideas de final del siglo XVI estaban en pugna, hallan la fusión viva y humana en don Quijote y Sancho.»

Claro que es el propio Cervantes quien en varios pasajes da fuerza a semejante versión Pero tal apunte carece de eficacia, pues no hay que considerar aislados estos y aquellos conceptos, sino tomarlos en su conjunto y así buscarles el mensaje fundamental. Esto que pasa con Sancho es igual a lo que pasa con el fin que se propuso don Miguel al escribir la obra. Tanto en el prólogo como en varias otras partes del cuerpo de su narración, machaca las frases con que remata la novela: «... pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías». Quizá fué ése el primer objetivo de Cervantes, cuya insistente declaración, tomada individualmente, ha hecho errar a muchos ilustrados lectores. Recordemos los versos de Byron en *Don Juan:*

> *Cervantes smiled Spain's chivalry away;*
> *a single laugh demolished the right arm*
> *of his own country; seldom since that day*
> *has Spain had heroes...*

(Al sonreír, Cervantes ahuyentó de España la caballería; una sola risa destruyó el brazo derecho de su patria; desde entonces rara vez ha tenido España héroes...)

Esta captación de pesimismo viene a ser en el fondo la del gran pensador lusitano Oliveira Martins, compartida por Ramiro de Maeztu, y según la cual el *Quijote* es un libro de decadencia, hecho para el reposo y el desengaño.

A pesar de lo reiterado por Cervantes, a distinta conclusión llegaremos si tenemos en cuenta otros hechos y conceptos, como el resultado de los dos escrutinios de los libros de caballerías que se cuentan en la novela (el de la casa del hidalgo y el de la venta de Palomeque) —actos en que son ensalzados algunos de tales volúmenes— y la totalidad del erudito diálogo del canónigo de Toledo con el cura de Argamasilla, en que el primero confiesa que ha querido hacer un buen libro de caballerías, «guardando en él todos los puntos que he significado»; y el segundo propone que se nombre en la corte un examinador de comedias y de «los libros de caballerías que de nuevo se compusiesen», con lo que «podrían salir algunos con la perfección que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasión que los libros viejos se oscureciesen a la luz de los nuevos que saliesen, para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sino de los más ocupados». 9. Valorando, sin duda, todos estos pros y contras, y sobre todo justipreciando la sustancia misma de la creación, debió de ser cómo Menéndez y Pelayo llegó a pensar que «la obra de Cervantes no fué de antítesis, ni de seca y prosaica negación, sino de purificación y complemento. No vino a matar un ideal, sino a transfigurarle y enaltecerle... Fué de este modo el *Quijote* el último de los libros de caballerías, el definitivo y perfecto, el que concentró en un foco luminoso la materia poética difusa, a la vez que, elevando los casos de la vida familiar a la dignidad de la epopeya, dió el primero y no superado modelo de la novela realista moderna.» En el fondo fué éste el pensamiento de Miguel Antonio Caro cuando sostuvo que el *Quijote* era el poema épico del pueblo español, y es el de Menéndez Pidal, quien, partiendo de un punto contrario al de don Marcelino, concluye más o menos como el inmortal montañés: «Lejos de querer destruir ese mundo (el del ideal caballeresco), decorado con los más puros sentimientos morales, Cervantes nos lo abre a nuestro respeto y simpatía, descubriendo sus ruinas envueltas en luz de esperanza suprema, como elevado refugio para el alma.»

Esta equivocación, a que fácilmente lleva el propio Cervantes, es la misma que se da con la figura de Sancho Panza, que no es el símbolo del materialismo y la estulticia, sino de las altas virtudes del idealista y muy despierto pueblo español, como vamos pronto a comprobarlo.

Seguramente Cervantes quiso en un principio hacernos sólo reír ante las simplicidades sanchescas; pero a medida que avanzó en la

elaboración de su libro, el escudero se le creció: fué desbordando éste las intenciones iniciales con tal fuerza y constancia, que terminó por hacernos pensar más que reír. La explicación del fenómeno no resulta tan difícil: lo que da el sello de su especial grandeza al *Quijote* es que su autor se entregó todo en esas páginas; allí, en parte deliberadamente y en parte por motivos de subconciencia, don Miguel se fué dando en comunión de amor a sus criaturas, transmitiéndoles sus goces y amarguras, sus desengaños y esperanzas, sus largas experiencias —ligeras unas, y pesadas muchas—; dotándolas de su no tan extensa, pero sí muy honda y jugosa sabiduría; y, sobre todo, inyectándoles esa su peculiar gracia poética frente a todas las fases de la vida, fruto de su cristianismo puro y de su diáfano humanismo.

Además de la anterior razón, existe otra: la de la técnica novelística. Este creador estaba a cada instante acuciado por la preocupación de que el relato no se hiciera fatigante; por ello se esmeraba en buscar la variedad en los personajes, en las acciones, en los episodios y escenarios, así como en el estilo mismo, en que se reflejan casi todos los géneros literarios, desde el épico hasta el cómico. Este afán lo hizo desconfiar de que don Quijote y Sancho solos pudieran satisfacer los anhelos de amenidad del lector; y por ello, un tanto descontento con el desfile de aventuras de la primera parte, acumuló al final de ellas las novelas cortas de *El curioso impertinente,* de los amores de Dorotea y Fernando, de Luscinda y Cardenio, de Ruy Pérez de Viedma y la mora Zoraida, de don Luis y doña Clara, y los lances de Leandra y sus pretendientes. Si en la segunda parte —en la que se mueve con tan pleno dominio del espíritu y la técnica— él mismo se censura la ingerencia, en la primera, de la narración florentina de Anselmo, Camila y Lotario; no deja con todo de seguir persiguiendo la matización por medio de varias novelitas, más hábilmente conectadas ahora con los dos principales protagonistas; y aún llega —con el efímero gobierno de Sancho— a producir la variedad disociando las aventuras del caballero y el escudero. Pues bien; esta técnica de la diversidad lo va haciendo penetrar cada vez más en el alma de sus criaturas, y llevando a ensanchar más la acción y a perfeccionar los caracteres. De tal modo Panza deja de ser pronto un mentecato con ribetes de bellaco, decidor de refranes a trochemoche, y se va desenvolviendo con firmeza y vivacidad hasta llegar a imponérsenos como elevado personaje y, ante todo, por los vínculos de la admiración y el cariño.

1. I, VIII.
2. LXIV.
3. I, X.
4. I, XXI.
5. II, VIII.
6. II, LXXIV.
7. II, LXII.
8. II, LXV.
9. I, XLVIII.

Capítulo IV

LAS EJEMPLARES VIRTUDES DEL ESCUDERO INMORTAL

El hombre y su medio

Vamos a acompañar a don Miguel con algún detenimiento en la vía de la cinceladura de Sancho.

Y sea lo primero, *el aspecto físico.* En el capítulo IX de la primera parte encontramos esta breve descripción: «Junto a él estaba Sancho Panza, que tenía del cabestro a su asno, a los pies del cual estaba otro rótulo, que decía: *Sancho Zancas,* y debía de ser que tenía, a lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de Panza y de Zancas, que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia.» En varias partes se insiste en la gordura del escudero, quien no debía de tener, en conjunto, tan ridícula facha como solemos suponer, ya que él mismo declara que «un tiempo fuí muñidor de una cofradía, y que me asentaba tan bien la ropa de muñidor, que decían todos que tenía presencia para poder ser prioste de la mesma cofradía. Pues ¿qué será cuando me ponga un ropón ducal a cuestas, o me vista de oro y de perlas, a uso de conde extranjero? Para mí tengo que me han de venir a ver de cien leguas.»

«—Bien parecerás—dijo don Quijote—; pero será menester que te rapes las barbas a menudo; que según las tienes de espesas, aborrascadas y mal puestas, si no te las rapas a navaja cada dos días, por lo menos, a tiro de escopeta se echará de ver lo que eres». 1.

Pocos en verdad son estos rasgos, pero tal escasez contribuye, sin duda, a la universalización del personaje.

En cuanto a *sus antepasados,* sabemos dos cosas: por confesión de Sancho al escudero del Caballero de los Espejos, 2, está establecido que por parte del padre tuvo en su linaje «los dos más excelentes mojones (catavinos) que en luengos años conoció la Mancha»; y el cura de Argamasilla, oyendo a Sanchica, la hija, nos enseña: «Yo no puedo creer sino que todos los deste linaje de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo; ninguno de ellos he visto que no los derrame a todas horas y en todas las pláticas que tienen». 3. *La familia.*—Está constituída por la mujer, que en unas ocasiones se llama Juana Gutiérrez, Juana Panza o Mari Gutiérrez (éste es uno de los varios y muy humanos descuidos de don Miguel): mas cuyo nombre predominante es el de Teresa Panza; y por dos hijos, Sanchica, o Mari

Sancha, y Sanchico. La oíslo del escudero tiene sus fallas y virtudes: es muy interesada. 4. Se preocupa a veces más por la salud del asno que por la del marido. 5. Sancho cree que no vale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aún Dios y ayuda. 6. Pero lo peor es que «también ella —declara Sancho al amo— dice mal de mí cuando se le antoja, especialmente cuando está celosa; que entonces súfrala el mesmo Santanás». 7. Y un poco adelante, al reafirmar este defecto, apunta algún otro, amén de ciertas calidades: «Es ella una bienaventurada, y a no ser celosa, no la trocara yo por la giganta Andandona, que, según mi señor, fue una mujer muy cabal y muy de pro; y es mi Teresa de aquellas que no se dejan mal pasar, aunque sea a costa de sus herederos.» 8. Había sólido motivo para esta preferencia, pues Teresa, a pesar de que discute con él, termina por aceptarle los puntos de vista: «pero otra vez os digo que hagáis lo que os diere gusto; que con esta carga nacemos las mujeres, de estar obedientes a sus maridos aunque sean unos porros». 9. Es agradecida y atenta, como lo demuestran los agasajos al paje que le llevó nuevas del esposo, así como la carta y las bellotas que envía ella a la duquesa; y, sobre todo, es dueña de una simpática sensatez, muy patente cuando quiere disuadir a Sancho del proyecto de hacer condesa a Sanchica: «Siempre, hermano, fuí amiga de la igualdad, y no puedo ver entonos sin fundamentos. Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras ni cortapisas, ni arrequives de *dones* ni *donas;* Cascajo se llamó mi padre; y a mí, por ser vuestra mujer, me llaman Teresa Panza, que a buena razón me debían llamar Teresa Cascajo. Pero allá van reyes do quieren leyes, y con este nombre me contento, sin que me le pongan un *don* encima, que pese tanto, que no lo pueda llevar...» 10.

De Sanchico poco sabemos: que tenía quince años cabales y un tío abad interesado en dejarlo «hecho de la Iglesia»; y que el padre y la madre esperaban que si el primero alcanzaba el gobierno, el hijo fuera con él a aprender el rudo oficio.

Sanchica está mejor dibujada. En su plática con su compadre y vecino Tomé Cecial, dice Sancho que sus hijos se pueden presentar al Papa en persona, «especialmente una muchacha que crió para condesa, si Dios fuere servido». 11. Y agrega que ella es «tan grande como una lanza, y tan fresca como una mañana de abril, y tiene una fuerza de un ganapán». En los episodios del paje que mandan los duques a Argamasilla y de la carta de Teresa para su marido, vemos cuán vivaz decidora y laboriosa es Mari Sancha; en el penúltimo capítulo del libro se muestra, en contraste con la dureza de la madre, cariñosa con Sancho, a quien abraza y dice que «le estaba esperando como el agua de mayo».

Las relaciones del asno con Sancho y su familia constituyen uno de los surtidores de mayor belleza y de ternura de la novela; embebe aquí el relato Cervantes de un franciscanismo exaltante y luminoso. El afecto del escudero por su pollino va sembrando de hechos conmovedores y de prosa deslumbrante la narración. Cuando el pícaro Ginés de Pasamonte le roba el animal, Sancho, haciendo «el más triste y doloroso llanto del mundo», exclama: «¡Oh, hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas y, finalmente, sustentador de la mitad de mi persona, porque con veintiséis maravedís que ganabas cada día, meditaba yo mi despensa!». 12. Al recobrarlo: «¿Cómo has estado, bien mío, rucio de mis ojos, compañero mío?» Y comenta el novelista: «Y con esto le besaba y acariciaba, como si fuera persona.» 13. Al ver que un cómico, disfrazado de demonio, golpeaba con vejigas al burro, «antes quisiera que aquellos golpes se los dieran a él en las niñas de los ojos que en el más mínimo pelo de la cola de su asno». 14. En el comienzo de la aventura del barco encantado se despide así de Rocinante y del rucio: «¡Oh, carísimos amigos, quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva a vuestra presencia.» 15. Al llegar a la casa de los duques, «remordiéndole la conciencia de que dejaba al jumento solo», pidió a la dueña doña Rodríguez que mandara poner o pusiera el asno en la caballeriza, «porque el pobrecito es un poco medroso». 16. Decidido a dejar la maldita ínsula, se fué en busca de su noble cabalgadura: «le abrazó y dió un beso de paz en la frente, y no sin lágrimas en los ojos dijo: Venid vos acá, compañero mío y amigo mío, y conllevador de mis trabajos y miserias; cuando yo me avenía con vos y no tenía otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos y de sustentar vuestro corpezuelo, dichosas eran mis horas, mis días y mis años; pero después que os dejé y me subí sobre las torres de la ambición y la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos». 17. Tenemos aquí una de las más sonoras, sentidas y sustanciosas expresiones del *Quijote*, digna de no caerse jamás de la memoria, que, unida a otras semejantes, pueden servir para formar un muy aleccionante volumen del autor Sancho Panza. Generalmente en las antologías se recogen como modelos los discursos de don Quijote, algunos de los cuales son más parodias de los artificios de los libros caballerescos que estilo limpiamente cervantino; en cambio, suelen olvidarse estos deliciosos trozos escuderiles, en que don Miguel aparece de cuerpo entero.

Pero sigamos a Panza cuando abandona el abrumador gobierno y va en busca de don Quijote. Caen el ex gobernador y el jumento en una oscurísima sima, y, al no encontrar modo de salir, «Sancho se congojó mucho, especialmente cuando oyó que el rucio se quejaba tierna y dolorosamente». 18. Llegan, después que don Quijote logra que los saquen de aquellas tinieblas, al castillo ducal; pero el escudero «no quiso subir a ver al duque sin que primero no hubiese acomodado al rucio en la caballeriza».

Este amor está bien correspondido; el asno, en cuanto puede, así lo manifiesta, como cuando rozna conmovido porque lo deja el amo para meterse en el barco encantado; o cuando, al ser puesto como testigo de que no se trata de fantasmas, sino de seres vivientes, caídos en la sima tenebrosa, «comenzó a rebuznar tan recio, que toda la cueva retumbaba», con lo cual quedó definitivamente convencido don Quijote.

Estos pasajes los completa Cervantes hablándonos de la ejemplar amistad que ligó a Rocinante con el rucio, comparable «a la que tuvieron Niso y Euríalo, y Pílades y Orestes». 19. Pero es hora de estudiar las muy hispánicas virtudes del gloriosísimo escudero.

Un ejemplar cristiano viejo

En la época en que dan lumbre al mundo don Quijote y Sancho, que es la de Felipe III, ¿qué mejor distintivo para un español que el de ser *cristiano viejo,* esto es, limpio de todo contacto con el judaísmo o el mahometismo? Pues he aquí que Sancho Panza, según lo sostiene el autor de la historia, 20, y según lo pregona el mismo escudero, 21, ostentaba con orgullo muy legítimo ese título, y no sin saber lo que el nombre representaba: «... creo firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la Santa Iglesia católica romana». 22. Y su orientación es tan ortodoxa en estas materias, que en varias ocasiones, 23, dice rotundamente que más quiere «una tantica parte del cielo» que «la mayor ínsula del mundo»; y que más se quiere ir «Sancho al cielo que gobernador al infierno». Su convicción de que puede llegar a ser buen agente de la autoridad está en que, reconociendo que no sabe el abecé, se siente con el *Cristus* en la memoria. 24. Como corresponde a quien tales principios profesa, es caritativo y tiene compasión de los pobres. 25. Por ello consuela, enternecido, a maese Pedro ante el deshecho retablo de Gaiferos y Melisandra: «No llores ni te lamentes, que me quiebras el corazón; porque te hago saber que es mi señor don Quijote tan católico y escrupuloso cristiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algún agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas.» 26. En lo sustancial no

es codicioso. 27. Por lo que puede gritar al salir de la ínsula: «desnudo nací, desnudo me hallo», y «he gobernado como un ángel». 28. A fe que en esto y en muchos otros puntos, Sancho Panza es muy alto ejemplo de gobernante de los pasados, los presentes y los tiempos por venir. Sabe que, al aparecer el dueño, tiene que restituir el dinero hallado en Sierra Morena. 29. Espontáneamente hace saber a don Quijote que el mayordomo del duque le dió una bolsilla con doscientos escudos de oro para «suplir los menesteres del camino». 30. Tampoco es quebrantador del octavo mandamiento, como lo garantiza el hidalgo: «... que sé yo bien de la bondad e inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios a nadie». 31. Es de conciencia *rígida*, como nos lo hace ver al aceptar la embajada que le da su amo para Dulcinea en Sierra Morena: «... para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una». 32. Queda tranquilo cuando se entera de que su mujer le ha enviado un presente a la duquesa, porque establece que ello fué cuando él ya era gobernador, y, por tanto, a la «dádiva no se le puede dar nombre de cohecho». 33. Tan penetrado de su credo religioso está, que, siendo un elemental hombre del pueblo, reacciona frente a los agüeros, encontrando el modo de desbaratarlos, contra las supersticiones del propio don Quijote. 34. Con la plenitud de la razón sintetizó así quien bien lo conocía las excelencias de su escudero: «*Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero*». 35.

Un buen ciudadano

Como paradigma de cristiano viejo, Sancho tiene que ser buen ciudadano, y, en efecto, lo es. Ama entrañablemente la tierra nativa; cuando yace con su jumento en la sima cercana a Barataria, exclama: «... miserables de nosotros, que no ha querido nuestra corta suerte que muriésemos en nuestra patria...». 36. Y cuando regresan caballero y escudero, vencidos y acardenalados, es el segundo quien, de rodillas, deja que por las ventanas del corazón se escape el júbilo: «Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve a ti Sancho Panza, tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado.»

Es súbdito leal; desprecia el ofrecimiento de hacerse rico si acompaña al morisco Ricote a rescatar un tesoro escondido, por parecerle que «haría traición a mi rey en dar favor a sus enemigos». 37. Como ciudadano responsable, era honesto e infatigable trabajador; la primera presentación que Cervantes hace de él es como labriego. 38. Ya hemos visto que con el rucio compartía el esfuerzo de abastecer la despensa familiar. 39. Amén de la comida, ganaba dos ducados mensuales cuando servía al padre del bachiller Carrasco. 40. En la ínsula

no tuvo un momento de reposo; con igual diligencia y sabiduría ventilaba los pleitos de sus súbditos, como rondaba la ciudad y elaboraba todas aquellas medidas de indiscutible buen gobierno, que con el curso del tiempo llegaron a apellidarse *las constituciones del gran gobernador Sancho Panza.* 41.

Un cuidadoso jefe de hogar

Quien es buen cristiano y buen patriota debe ser, como natural consecuencia, tan buen jefe de hogar como el noble escudero.

Veamos primero la calidad de su amor por su oíslo: «... Mi Teresa Panza, a quien quiero más que a las pestañas de mis ojos». 42. Llora cuando recibe cartas de ella. 43. Lo entristece el tener que apartarse de Teresa y de sus hijos. 44. Ya sé que se puede replicar que alguna vez Sancho habló de casarse con una doncella de la infanta heredera con que se iba a casar el caballero andante. 45. Y que otra, ante las impertinencias amorosas de Altisidora con el hidalgo, se descose con estos alardes: «Mándote yo, pobre doncella; mándote, digo, malaventura, pues las has habido con una alma de esparto y con un corazón de encina. ¡A fe que si las hubieras conmigo, que otro gallo te cantara!» 46. Objeciones a las que no es difícil redargüir: por el tono de la respuesta de don Quijote en el primer caso, bien se ve que el escudero bromeaba, y cuando parece que lo toma en serio, 47, parte de la base de que, al unirse con la tal doncella, ya será viudo. Y en cuanto a la descocada Altisidora, es claro que se trata de un alarde simplemente burlesco. Su natural nos lo revela él mismo plenamente cuando tacha a Rocinante, del que afirma: «... Le tenía por persona casta y tan pacífica como yo.» 48. En verdad, a todo lo largo de la novela no se le pesca desliz alguno de infidelidad conyugal, pese a los excesivos y lenguaraces celos de Teresa. Sin miedo a ser desmentido, se expresó así, cuando proyectaban él y el caballero cambiar la vida de aventuras por la pastoril: «No pienso ponerle otro alguno (nombre), sino el de *Teresona,* que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa; y más, que celebrándola yo en mis versos, vengo a descubrir mis castos deseos, pues no ando a buscar pan de trastrigo por las casas ajenas.» 49.

Ya hemos visto cómo se enorgullece de sus hijos ante su compadre Tomé Cecial y cómo se entristece al pensar en que va a separarse de ellos. Tan pronto es nombrado gobernador, se apresura a escribir a su mujer y a enviar un regalo a Sanchica. 50. Una constante preocupación suya es la de dar estado de calidad a Mari Sancha, a quien—cuando es gobernador—piensa en casar con el hijo de un «hidalgo principal y rico» de la ínsula. 51.

Si a pesar de sus cristianos propósitos de no apegarse al dinero, a veces lo hace casi tanto como Teresa, es sencillamente porque piensa en su hogar: «... El amor de mis hijos y de mi mujer me hace que me muestre interesado», confiesa a don Quijote cuando resuelve azotarse para desencantar a Dulcinea, siempre que se le paguen los azotes. 52. Si cuando regresa a su aldea, en la segunda salida, con su amo enjaulado, le pesa hacerlo como «mozo de caballos» y no como «gobernador o visorrey», es también por sus hijos y su mujer. 53. Al preguntarle Sansón Carrasco por los cien escudos que Sancho había encontrado en Sierra Morena, en la maleta de Cardenio, contesta: «Yo los gasté en pro de mi persona y de la de mi mujer y de mis hijos.» 54. Tales las raíces de aquellas sentencias del escudero, como la dicha en las bodas de Camacho: «Sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y zanja del mundo es el dinero.» 55. Y de aquellos hechos tan memorables como el que nos describe él mismo con estas palabras: «... Y para volverlos a ver (a sus hijos), ruego yo a Dios me saque de pecado mortal, que lo mesmo será si me saca de este peligroso oficio de escudero, en el cual he incurrido segunda vez, cebado y engañado de una bolsa con cien ducados que me hallé un día en el corazón de Sierra Morena, y el diablo me pone ante los ojos aquí, allí, acá no, sino acullá, un talego lleno de doblones, que me parece que a cada paso le toco con la mano, y me abrazo con él, y lo llevo a mi casa, y echo censos, y fundo rentas, y vivo como un príncipe; y el rato que en esto pienso se me hacen fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene más de loco que de caballero.» 56. No, no era un achatado y enceguecido materialista, un vil cicatero, un vulgar codicioso este Sancho, férvido en la busca del bienestar de los suyos y en cultivar ensueños de generosidad y poderío.

Para cerrar este capítulo de la biografía del escudero observemos que, aunque discute con su mujer acerca de la conducción del hogar, y en ocasiones, como al tratarse del salario que debe pagarle don Quijote, le acepta los argumentos; cuando se presenta el caso de hacer sentir la autoridad del jefe de familia lo hace sin vacilaciones, pues cree que «el hombre ha de ser hombre, y la mujer, mujer; y pues yo soy hombre donde quiera, que no lo puedo negar, también lo quiero ser en mi casa, pese a quien pesare...» 57.

Otras virtudes consagradas

Bastaría el relieve de cristiano viejo, de buen ciudadano y de venerable padre de familia, dado por Cervantes con entrañable cariño a Sancho, para hacer de éste un símbolo de la cimera calidad del alma

popular de España; pero no se detiene aquí el novelista y continúa descubriéndonos atractivas vetas en esa mina inagotable, como seguiremos observando.

Y sea la primera la *fidelidad.* Como *siervo* se siente vinculado a don Quijote tan estrechamente, que sólo la muerte lo puede desatar. Veamos en qué términos responde a las objeciones de la duquesa: «Por Dios, señora, que ese escrúpulo viene con parto derecho; pero dígale vuesa merced que hable claro o como quisiere; que yo conozco que dice verdad: que si yo fuera discreto, días ha que había de haber dejado a mi amo. Pero ésta fué mi suerte y ésta mi malandanza; no puedo más; seguirle tengo; somos de un mismo lugar; he comido su pan; quiérolo bien; es agradecido; dióme sus pollinos, y, sobre todo, yo soy fiel, y así es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y el azadón.» 58. Por este amor está determinado a servir a don Quijote como un jumento. 59. Y cuando llega la derrota final del hidalgo se siente triste, apesarado, sin saber «qué decirse ni qué hacerse». 60. Y al adolecer mortalmente don Alonso, no se le quitaba de la cabecera. 61. Esta vinculación lo lleva a ser de una diáfana *sinceridad;* y así, al indagarle el caballero acerca de lo que dicen de él por el lugar, le responde: «Pues lo primero que digo es que el vulgo tiene a vuestra merced por grandísimo loco, y a mí, por no menos mentecato.» 62. Y la fineza de su amor así se transparenta: «Le quiero como a las telas de mi corazón, y no me amaño a dejarle por más disparates que haga.» 63. Cuando el batallador manchego está para morir, Sancho prorrumpe en uno de los más bellos gritos de afecto de que se tiene memoria, cuyo principio es como sigue: «¡Ay! —respondió llorando—. No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate; ni otras manos le acaben que las de la melancolía.» 64. Y continúa incitando al hidalgo a la vida pastoril, a buscar a la desencantada Dulcinea; lo consuela echándose él a cuestas la responsabilidad de la derrota; y por último, con clarividencia y virilidad de español, le recuerda: «Cuanto más que vuestra merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros, y el que es vencido hoy ser vencedor mañana.»

Bien se tenía ganado el fidelísimo escudero el elogio final de don Quijote: «Y si como estando yo loco fuí parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un reino, se lo diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece.» 65. En la *amistad* no es menos leal; por ello, si se niega a acompañar a Ricote a buscar un tesoro —escondido cuando la expul-

sión de los moriscos—, no quiere faltar a los deberes del amigo en forma alguna y le da esta garantía: «Conténtate que por mí no serás descubierto, y prosigue en buena hora tu camino.» 66. Lo mismo pasa con la *gratitud,* virtud de tan raro cumplimiento en las pasadas y las presentes eras. Mucha dicha le da el saber que su mujer le envió un presente a la duquesa, porque si así no lo hubiera hecho, «quedando yo pesaroso, se mostrara ella desagradecida». 67. Y es que por casta le venía el buen corresponder a quien favores le había hecho, como, «enternecido y llenos de lágrimas los ojos», lo notificó al aceptar la escudería sin el requisito del señalamiento de salario: «No se dirá por mí, señor, el pan comido y la compañía deshecha; sí, que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida...» 68. Sabe practicar la difícil virtud de la *modestia,* que mantiene o debe mantener al hombre dentro de los límites de su exacto valor. Cuando el bachiller Carrasco teme que si llega a encumbrarse pueda desconocer aun a la propia madre, replica que «eso allá se ha de entender con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma cuatro dedos de enjundia de cristianos viejos como yo los tengo». 69. En este mismo capítulo sentencia como un filósofo y como un hombre práctico: «Sancho nací, Sancho pienso morir; pero si, con todo esto, de buenas a buenas, sin mucha solicitud y sin mucho riesgo, me deparase el Cielo alguna ínsula u otra cosa semejante, no soy tan necio que la desechase...» Bien veis, señores académicos, que este Sancho ni se engríe ni se apoca; ni peca por más ni por menos, pues en esto del propio mérito bien se puede uno desmedir creyéndose subido a más alta torre de la que en justicia le corresponde, o tratando a lo hipócrita de ponerse en nivel inferior al que la bien ilustrada conciencia le indica. Sancho sabe que «de todo se me alcanza un poco», 70, que, «aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno». 71. Por ello no se siente incapaz de probar los deleites y sinsabores del poder; en cambio, desde el primer momento conceptúa que si a su amo le da por conquistar un arzobispado, no lo podrá acompañar: «que soy casado y no sé la primera letra del abecé». 72. El conocimiento de sí mismo, según la advertencia del templo délfico, es el verdadero sustentáculo de la sabiduría, y en ello es maestro muy autorizado el escudero. En varios pasajes como aquel capítulo X, de la segunda parte, donde se cuenta su archifamoso soliloquio al ser enviado como embajador ante la emperatriz del Toboso, reconoce que a sus herraduras les faltan algunos clavos: «Este mi amo, por mil señales, he visto que es un loco de atar; y aun también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sirvo...»; y cuando después de ensayar una recta administración en Barataria, llega a la conclusión

de que, además de la honestidad y el buen juicio, se requieren dotes de jefe militar, declara que no nació para gobernador. 73. Y se siente fortalecido después de abandonar el asendereado mandato, porque «he ganado el haber conocido que no soy bueno para gobernar, si no es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en tales gobiernos son a costa de perder el descanso y el sueño...». 74. ¡Qué catedrático tan luminoso resulta este buen hijo de Argamasilla! Y con qué frase revienta las adulaciones de los cortesanos que se empeñan en ceñirle los no alcanzados laureles bélicos: «El enemigo que yo hubiere vencido quiero que me lo claven en la frente. Yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar a algún amigo, si es que le tengo, que me dé un trago de vino, que me seco, y me enjugue este sudor, que me hago agua.» 75. De cuánto provecho resultaría el inscribir en las casas de los que mandan algunas de estas ideas y el relato de todo estos acaeceres del sensatísimo político manchego.

Las cualidades intelectuales

Hemos venido siguiendo la penetración y delicadeza con que va Cervantes modelando moralmente a Sancho Panza; debemos ahora acompañarlo en el proceso de elaboración de la parte intelectual, no menos hábil y consagrador que el primero.

Ya cité la frase de don Miguel, según la cual su personaje tiene muy poca sal en la mollera. 76. Apreciación con que lo presenta al comienzo de la novela y que, por desgracia, ha servido a la mayor parte de los lectores y comentaristas para sintetizar las calidades del escudero sin tacha. En seguida comprobaremos cómo el autor, contra su primera intención, va haciendo salir sal a montones de aquel caletre.

No sabe Sancho leer ni escribir, aunque sí firmar, según lo confiesa él mismo a la duquesa. 77. Pero posee tan *buen natural,* «sin el cual no hay ciencia que valga», como bien opina don Quijote, 78, que el mismo caballero no tiene inconveniente, sino abundancia de razones para sostener que «dígote, Sancho, que así como tienes buen natural y discreción, pudieras tomar un púlpito en la mano e irte por ese mundo predicando lindezas». 79. Lo que expresa después de oír disertar con profundidad filosófica y galanura de estilo a su servidor acerca de la muerte, en las bodas de Camacho, o mejor, de Basilio y de Quiteria.

Ahora bien, este analfabeto de buen natural no deja de enseñarnos, desde la primera parte—que es en la que se mueve con menos gallardía—, sus *toques de erudición,* como lo hace al empezar a entretener al amo con un cuento tradicional: «Y advierta vuestra merced, señor mío, que el principio que los antiguos dieron a sus consejas no fué

así como quiera, que fué una sentencia de Catón Zonzorino, romano, que dice: Y el mal, para quien le fuere a buscar.» 80. En esa misma no tan favorable primera parte, el hidalgo, que suele abusar de los vocablos despreciativos para la mente de su siervo, se ve forzado a confesar: «Ya te tengo dicho antes de agora muchas veces, que eres muy grande hablador y que, aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo.» 81. Eso de la mentecatería de Sancho resulta, como él mismo hubiera dicho, «cosa de viento y mentira», si se le oye con atención deducir, de la insistencia quijotil en tener por yelmo de Mambrino una bacía de barbero, el ser simple patraña cuanto el hidalgo dice acerca de sus caballerías. 82. O se le sigue el largo y bien cimentado razonamiento para concluir, cuando enjaulan al campeador, que «estas visiones que por aquí andan no son del todo católicas». 83. Y que «así va encantado mi señor don Quijote como mi madre»; o se lo acompaña cuando, ante la argumentación —con citas en latín— con que el caballero quiere demostrar que, siendo él la cabeza y Sancho parte suya, el mal del uno tiene que dolerle al otro, replica: «Así había de ser; pero cuando a mí me manteaban como a miembro, se estaba mi cabeza detrás de las bardas, mirándome volar por los aires, sin sentir dolor alguno...» 84. O se le escucha su incredulidad acerca de la eficacia de azotarse las posaderas para desencantar a Dulcinea, 85; o en torno de las muertes por causa de amor, 86. O se lo ve protestando porque quieren resucitar a Altisidora al precio de veinticuatro mamonas, doce pellizcos y seis alfilerazos en las carnes escuderiles. 87. Un imponente ejemplo de la doblegadora *lógica* de Sancho está en aquel bien planeado diálogo —ya antes citado—, de gradual desarrollo y remate digno de todo un discípulo de Platón, que sostiene con don Quijote cuando van en busca del palacio de Dulcinea para convencerlo de que la fama, cifra de las ambiciones del hidalgo, mejor se alcanza por el camino de la santidad que por el de las caballerías. 88. Qué mentecato iba a ser quien supo arrancar este elogio a don Quijote en momento de mucha seriedad: «Muy filósofo estás, Sancho; muy a lo discreto hablas; no sé quién te lo enseña.» Y eso fué cuando, al partir de Barcelona hacia la aldea nativa, pasando por el lugar del vencimiento, se contristó muy grandemente el caballero, hasta considerar que su ventura había caído ya «para jamás levantarse»; y entonces el siervo alzó muy alto el espíritu y habló como todo un miembro de la hispánica varonía: «Tan de valientes corazones es, señor mío, tener sufrimiento en las desgracias como alegría en las prosperidades; y esto lo juzgo por mí, que si cuando era gobernador estaba alegre, agora que soy escudero de a pie no estoy triste; porque he oído decir que ésta que llaman por ahí Fortuna es una mujer borracha y anto-

jadiza y, sobre todo, ciega, y así no ve lo que hace, ni sabe a quién derriba ni a quién ensalza.» 89. Una de las más salientes virtudes intelectuales de Panza es su *memoria,* de la que él hace burlas hasta el punto de decir que la tiene tan mala que a veces se le olvida cómo se llama. 90. Pero de la que da pruebas de admirable robustez a cada paso. Si cuando quiere reproducir la carta de don Quijote para Dulcinea, 91, lo que desembucha son verdaderos disparates, en lo que debe de andar metida su socarronería de buena ley; en cambio, en la aventura de los batanes saca de casillas al amo al repetir, «como por modo de fisga, y punto por punto, cuanto había dicho don Quijote cuando por vez primera oyó el estruendo de los mazos. Una vez interrumpe el discurrir de don Alonso sobre el amor de los caballeros andantes con esta observación: «Con esa manera de amor he oído yo predicar que se ha de amar a Nuestro Señor por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria o temor de pena.» 92. Y otra, cuando el amo diserta sobre la vida, la muerte y la comedia, lo aplaude así: «Brava comparación, aunque no tan nueva, que yo no la haya oído muchas y diversas veces.» 93. Una de las fuentes de la sabiduría popular, en la que en ocasiones brillan hondos pensamientos y verdaderas filigranas de expresión, se encuentra en la prédica de los sacerdotes. Las citas que éstos suelen hacer, bien de la Biblia, ora de otros libros, las comparaciones y sentencias que proponen a sus feligreses, vienen a campar más tarde en cuentos, refranes y hasta en coplas. Pues bien, Sancho es uno de los que más jugo han sabido extraer a tales adoctrinamientos. A cada paso da fuerza a sus observaciones refiriéndolas a lo que ha oído en su iglesia, con lo que —y la nota va como complemento a lo dicho sobre su cristianismo— también demuestra que es fiel practicante. Y no sólo tiene en cuenta los sermones para su corriente dialogar, sino también para cumplir sus deberes de magistrado, como cuando recuerda lo dicho por el párroco de su lugar a propósito de la disputa de los dos ancianos y el báculo en Barataria. 94. Varios de sus bien sonantes y aun eruditos decires son de este cuño eclesiástico: «... y a nuestro cura he oído decir que con igual pie pisaba (la muerte) las altas torres de los reyes como las humildes chozas de los pobres». 95. Pasaje en que el escudero, sin saberlo, se acoge a Horacio. A veces hasta resulta haciendo citas en latín. 96.

Tampoco descuidó el aprender los buenos adagios de don Quijote. Cuando desata como todo un Salomón el caso del puente, la horca y el pasajero, que le propusieron los insulanos, confiesa que, al hacerlo, «se me vino a la memoria un precepto, entre otros muchos que me dió mi amo don Quijote la noche antes que viniese a ser gobernador

desta ínsula; que fué que cuando la justicia estuviese en duda, me decantase y acogiese a la misericordia». 97.

La buena memoria hace de Panza un cultivador afortunado del folclor; sus historietas, citas de romances, locuciones y sus refranes son de gran vivacidad. Sobre todo estos últimos, de los que —como él mismo dice— sabe más que un libro. 98. No tan gratuitamente le decía don Quijote: «... Toda esa gordura y esa personilla que tienes no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias...» 99.

SANCHO, AUTOR

Antes hablé de una antología del escudero, y a fe que no es difícil realizarla. Dotado de ese buen natural que tanto elogiaba don Quijote, Panza —con clara inteligencia y firme sindéresis, y memorioso como pocos— es un sujeto ideal para aprender; para que en él nazca, florezca y fructifique lozana toda sana semilla. Si, como él mismo decía, 100, «las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas vienen a dar buenos frutos», ¿cómo no va a darlos terreno tan fecundo como el de este buen natural? Y no es que, según lo anotó Menéndez y Pelayo, sea sólo Sancho «un espíritu redimido y purificado del fango de la materia por don Quijote», sino que también representa el triunfo del personal esfuerzo en la extracción de enseñanzas de los diversos medios en que tiene que actuar, con lo que sus influencias proceden del hidalgo y de otras fuentes (el cura, don Diego de Miranda, los duques, etc.). El propio don Quijote así lo reconoce cuando, en casa de don Antonio Moreno, afirma que su compañero «aprendió (en la ínsula) a comer a lo melindroso», aunque agrega un rasgo de humor: «tanto, que comía con tenedor las uvas y aun los granos de la granada». 101. Con tal entusiasmo se dedica Cervantes a esmerar al escudero, que cae en la cuenta de que se le puede ir fácilmente la mano en la tarea, y advierte, al empezar el capítulo V de la segunda parte, que hay que tener por apócrifas cuantas sutilezas va Sancho a decir en esas páginas.

Bien es cierto que desde la primera, Panza revela no comunes calidades de estilista: «... Pero tiene el miedo muchos ojos y ve las cosas debajo de la tierra, cuanto más encima del cielo.» 102. «¡Oh flor de la caballería, que con sólo un garrotazo acabaste la carrera de tus bien gastados años! ¡Oh honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo, el cual, faltando tú en él, quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus fechorías! ¡Oh liberal sobre todos los Alejandros, pues por solo ocho meses de servicio me tenían dada la mejor ínsula que el mar ciñe y rodea!» 103.

Gustemos otras lindezas escuderiles: «Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado se vuelven bestias; vuestra merced se reporte, y vuelva en sí, y coja las riendas a Rocinante, y avive y despierte, y muestre aquella gallardía que conviene que tengan los caballeros andantes...» 104. Sus alabanzas para Quiteria así principian: «A buena fe que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega.» 105. Oíd cómo se expresa cuando por vez primera se dirige a la duquesa como embajador del hidalgo: «Hermosa señora, aquel caballero que por allí se parece, llamado el Caballero de los Leones, es mi amo, y yo soy un escudero suyo, a quien llaman en su casa Sancho Panza. Este tal Caballero de los Leones, que no ha mucho que se llamaba el de la Triste Figura, envía por mí decir a vuestra grandeza sea servida de darle licencia para que, con su propósito y beneplácito y con sentimiento, él venga a poner en obra su deseo, que no es otro, según él dice y yo pienso, que de servir a vuestra encumbrada altanería y fermosura; que en dársela, vuestra señoría hará cosa que redunde en su pro, y él recibirá señaladísima merced y contento.» 106. Y cómo se lamenta en la sima en que ha caído con su pollino: «¡Ay!, y cuán no pensados sucesos suelen suceder a cada paso a los que viven en este miserable mundo! ¿Quién dijera que el que ayer se vió entronizado gobernador de una ínsula, mandando a sus sirvientes y a sus vasallos, hoy se había de ver sepultado en una sima, sin haber persona alguna que le remedie, ni criado ni vasallo que acuda en su socorro?» 107.

Pero para qué seguir, si con lo ya recordado tenemos más de un botón de fragancia y frescura seductoras.

No terminemos este apartado sin registrar en esta corporación que Sancho también tiene títulos para figurar como autoridad en cuestiones idiomáticas, ya que se vuelve purista cuando corrige a su mujer el mal uso de algún vocablo. 108. Y despunta como buen neologista cuando forma el término «baciyelmo», 109, dando a la vez muestras de muy diplomática listeza.

Don Quijote recoge su propia admiración y la de muchos otros, como los que oyeron al escudero ensartar perlas en la ínsula, cuando, tras atender a un encumbrado elogio al sueño, confiesa: «Nunca te había oído hablar, Sancho, tan elegantemente como ahora.» 110.

Sancho, cortesano

El perfeccionamiento de Panza se cumple en todos los campos. Tan cortés llega a ser, que ofrece a don Alvaro de Tarfe, a quien juzga encantado por las malas artes de Avellaneda, redimirlo al precio de

tres mil y tantos azotes «sin interés alguno». 111. Pero la más palmaria demostración de que ha dominado todos los arrequives de la más refinada cortesía la hace cuando, de rodillas ante la duquesa, así expresa su agradecimiento: «De grandes señoras, grandes mercedes se esperan; esta que la vuestra merced hoy me ha fecho no puede pagarse con menos si no es con desear verme armado caballero andante, para ocuparme todos los días de mi vida en servir a tan alta señora.» 112.

Sancho, gobernante

Cuando mejor oportunidad tiene nuestro personaje de lucir su inteligencia y los primores de su intensiva educación es en los días de Barataria. Sus sentencias en los casos del sastre y las caperuzas, de los ancianos y la cañaheja, del ganadero y la moza del partido, del jugador tramposo y el mirón, del pasajero y el puente, nos convencen de que bien podía gobernar como el mejor de los gerifaltes. Su sentido de la justicia se aguza tanto, que cuando a don Quijote y a él—al regresar de Barcelona—unos rústicos les proponen el arduo problema de la apuesta del gordo y el flaco, Sancho se precipita a resolverlo con estas razones: «Y a mí, que ha pocos días que salí de ser gobernador, y juez como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas y dar parecer en todo pleito.» 113. Tan finamente se pronuncia, que se conquista esta alabanza: «Voto a tal—dijo un labrador que escuchó la sentencia de Sancho—que este señor ha hablado como un bendito y sentenciado como un canónigo.»

Cuando no es la simple desatadura del litigio lo que se necesita, sino la mano fuerte, tampoco Panza se hace esperar, como cuando es importunado por el padre del endemoniado amante de Clara Perlerina. 114. El programa de Sancho como político tendía a «favorecer a los labradores, guardar sus preeminencias a los hidalgos, premiar los virtuosos, y, sobre todo, tener respeto a la religión y a la honra de los religiosos.» 115. De cómo lo cumplió, trata el capítulo LI: intervino, como hoy se dice, en la economía de su Estado, para acabar con los revendedores, liberar la importación de vinos, regular los precios de esta bebida y del calzado, y tasar los salarios de los criados; estableció severas sanciones contra los adulteradores del vino y los cantantes de composiciones deshonestas; y tomó varias otras medidas tan buenas, que, según afirma Cervantes, «hasta hoy se guardan en aquel lugar, y se nombran *Las constituciones del gran gobernador Sancho Panza*».

Bien justificó el escudero con su actuación el concepto del duque antes de la experiencia isleña: «Con vos me entierren, Sancho, que

sabéis de todo y yo espero que seréis tal gobernador como vuestro juicio promete.» 116.

Sancho, imaginativo

En los predios de la imaginación, no era tampoco áptero nuestro hombre. Tiene recursos para impedir que Rocinante lleve a don Quijote a combatir los batanes y para entretener a éste con cuentos que no tienen término; así como para encantar a Dulcinea convirtiéndolas, a ella y sus doncellas, en «una ascua de oro», en «mazorcas de perlas», en diamantes y rubíes, y transformando los cabellos «sueltos por las espaldas», en «tantos rayos de sol que andan jugando con el viento». 117. También sabe organizar, como el amo, su cohorte de magos que le meten inoportunos requesones en la celada quijotesca; y vuela, con el más alto vuelo, cuando se desmonta de Clavileño y, pasando más allá de donde hoy han llegado los estadounidenses y los rusos, se entretiene apacentando a las siete cabrillas. Poco le cuesta pasar de sus espaldas a los troncos la zurra concertada. Si hasta, cuando ya don Quijote no quiere vencer en otra empresa que en la de ganar el cielo con la violencia de su cordura, Panza sigue pensando en componer trovas pastoriles y en hallar «tras alguna mata, desencantada a la señora doña Dulcinea». 118. ¡Qué extraordinario poeta era este nobilísimo escudero!

Sentido estético de Sancho

De regreso a su aldea, después del vencimiento de Barcelona, se alojan amo y siervo en una posada, cuyas salas se adornan con pobres sargas en que están pintados algunos episodios atinentes al rapto de Helena y la pasión de Dido; y allí, mientras don Quijote piensa en cómo hubiera podido matar a Paris, hace Panza el estudio crítico de los tapices: «Yo apostaré que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón, venta ni mesón, ni tienda de barbero, donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas. Pero querría yo que la pintasen manos de otro mejor pintor que el que ha pintado éstas.» 119. Creo que ni Taine, ni Camón Aznar, ni Malraux, ni Argan hubieran dejado aflorar otro deseo.

Sancho, socarrón

A su intelectiva debe referirse la deleitosa socarronería de que sabe esmaltar sus hechos y dichos: «... bien es verdad —acepta en el capítulo VIII de la segunda parte— que soy algo malicioso, y que tengo mis ciertos asomos de bellaco; pero todo lo cubre y tapa la gran capa de

la simpleza mía, siempre natural y nunca artificiosa...» Por ello a ratos se hace el tonto y pronuncia mal algunas voces o les trastrueca el significado, y entra en digresiones que le permitan alargar el relato o suavizar la intención punzadora, como en el cuento de la pastora Torralba o del hidalgo de los Alamos de Medina del Campo; o retorna las burlas, bien ligeramente como la lluvia de superlativos con que corresponde a la de la condesa Trifaldi, o ya con un tonillo más picante, como en este pasaje acerca de sus andanzas por los mundos siderales: «Decidme, Sancho —preguntó el duque—: ¿visteis allá entre esas cabras algún cabrón? —No, señor, pero oí decir que ninguno pasaba de los cuernos de la luna.» 120.

CONTRABALANCEO DE DEFECTOS

Para la biografía completa de Sancho, don Miguel indica también algunos defectillos, aunque su mucho amor paternal lo lleva a buscar la atenuación y aun el equilibrio, y hasta la misma superación.

¿Suciedad, o limpieza?

A veces Cervantes quiere hacernos creer que el escudero es un tantico descuidado en materia de pulcritud, como cuando huele, y no a ámbar, en la aventura de los batanes; o se desagua «por entrambas canales» en la venta, tras envasarse el bálsamo de Fierabrás; o se encuentra, yendo en el barco encantado, algunos piojos en la corva izquierda. Pero todos estos reparos los anula cuando respalda a Panza, frente a los criados del duque, empeñados en lavarlo: «Traigan aquí un peine, o lo que quisieren, y almohácenme estas barbas; y si sacaren dellas cosa que ofenda a la limpieza, que me trasquilen a cruces.» 121. El mismo don Quijote avala con autoridad sin par tal axioma: «Verdad es que cuando él tiene hambre, parece algo tragón, porque come a priesa y masca a dos carrillos; pero la limpieza siempre la tiene en su punto.» 122.

¿Comodón, o austero?

No desprecia Sancho la buena vida; su primer refrán se relaciona con el yantar: «Váyase el muerto a la sepultura y el vivo a la hogaza.» 123; en las famosas bodas alza este lema: «El rey es mi gallo; a Camacho me atengo», 124; es feliz echándose a la cara una bota repleta; suspira por cenar olla y dormir en cama, por la espuma de los calderos de Camacho, por los días apacibles en casa de don Diego de Miranda, de Basilio y de los duques; no quiere azotarse fuertemen-

te, porque «aunque rústico, mis carnes tienen más de algodón que de esparto», 125. Pero la excepción en sus aventuras es bienestar; lo corriente es una vida de privaciones: «un poco de queso, tan duro, que pueden descalabrar con ello a un gigante; a quien hacen compañía cuatro docenas de algarrobas y otras tantas de avellanas y nueces...», 126; «... mi señor don Quijote, que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas, o de nueces, nos solemos pasar entrambos ocho días», 127; «... todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra, al cielo abierto, sujeto a lo que dicen inclemencias del cielo, sustentándome con rajas de queso y mendrugos de pan, y bebiendo aguas, ya de arroyos, ya de fuentes: de las que encontramos por esos andurriales donde andamos.» 128.

¿Cobarde, o valeroso?

Caemos aquí en uno de los temas más delicados en toda la biografía de Sancho, sobre todo en lo que atañe a su capacidad simbólica. Aunque hay que contar excepciones como la de Madariaga, la idea general es que Panza fué un cobarde de tomo y lomo. Si lo fué, no puede ser el representante del gran pueblo español, perenne ejecutor de heroicidades. Vayamos despacio por esta indagación.

Frente a lo desconocido, Sancho no es diferente a cualquier mortal: la primera reacción es la del miedo. Como ha sido en todos los pueblos de la historia. Si hasta algunos pensadores han querido relacionar con este sentimiento el origen de las religiones, como si Dios mismo no nos hubiera revelado la verdad desde el fondo de los tiempos. Nada desdoroso hay en el escudero, sino que todo viene a ser sencillamente humano, cuando se apega al amo ante el estrépito nocturno de los incógnitos batanes, o cuando no quiere lanzarse solo por las entrañas de Sierra Morena, o se apresta para el vuelo en Clavileño o tropieza de noche con las piernas de unos ahorcados. El mismo intrépido don Quijote no las tiene todas consigo frente a la carreta de las cortes de la muerte, ante las descomunales narices del disfrazado Tomé Cecial o el sordo estruendo de la infame piara.

Frente a peligros conocidos e inminentes, como el del jabalí acosado o el tropel de toros y cabestros, Sancho más que cobarde es prudente, al resguardarse lo que más puede, como cualquier hijo de Adán.

Frente a los simples hombres, su habitual modo de ser es el que él mismo compendia así: «... yo soy pacífico, manso, sosegado y sé disi-

mular cualquier injuria, porque tengo mujer e hijos que sustentar y criar.» 129. Por ello rehuye las pendencias sin ton ni son, como en el encuentro de Carrasco y don Quijote, o en las bodas de Camacho. Pero, a fuero de cristiano, bien conoce que las leyes divinas y humanas «permiten que cada uno se defienda de quien quisiese agraviarle», 130; y así, cuando el escudero del bosque lo amenaza, se apresura a notificarle: «Contra ese corte sé yo otro, que no le va en zaga: cogeré yo un garrote, y antes que vuestra merced llegue a despertarme la cólera, haré yo dormir a garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte si no fuere en el otro mundo.» 131.

En la práctica desentraña así su sólida teoría: rechaza enérgicamente los que juzga insultos contra su hija; en las dos riñas de la llamada venta de Agramante devuelve golpe con golpe; se encarniza peleando «mano a mano, como hombre honrado», con el cabrero de Sierra Morena; no tolera que los criados del duque le irrespeten las barbas con burlesco lavatorio; se ve forzado a derribar a don Quijote para impedir una azotaina no merecida; pide al amo la espada para vengarse de los cerdos que los han hollado; con un hacha encendida arremete contra las dueñas y criados que le clavan alfileres.

Pero lo más emocionante está cuando acude a defender a don Quijote: ya del ataque de los desalmados arrieros gallegos o yangüeses, ora del de Cardenio, bien de la acometida del cabrero. Entonces Sancho se agiganta, conduciéndose como cabal combatiente y sobre todo como el más leal de los compañeros.

Hay un caso (el de la defensa contra la agresión del barbero de la albarda y la bacía), en que Panza lucha con tal gallardía que hace llegar a la cumbre la admiración del hidalgo: «Ya estaba don Quijote delante, con mucho contento de ver cuán bien se defendía y ofendía su escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro, y propuso en su corazón de armarle caballero en la primera ocasión que se le ofreciese, por parecerle que sería en él bien empleada la orden de la caballería.» 132.

En verdad, siguiendo con cuidado el pensamiento y la acción del escudero, tenemos que aceptar que en estas materias no fué ni un cobarde, ni un fanfarrón, sino llanamente un hombre, un español.

¿Prudente, o imprudente?

Si una que otra vez, como ante los vecinos del pueblo del rebuzno, o cuando el duque fuerza a don Quijote a presidir la mesa, Sancho se porta con demasiada ligereza más que con tontería o malicia; en cambio anota en su haber muchos rasgos de oportuna templanza, o de

extremada cautela, como al no osar descoser la boca hasta ver en qué paraba el enjaulamiento del amo, o cuando, para detener cualquier mala reacción del caballero ante su incredulidad acerca de las visiones de la cueva de Montesinos, se escuda a tiempo con la advertencia de que los encantadores «le encajaron en el magín o la memoria toda esa máquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda». 133.

Podría destacar otras virtudes de Sancho, mas juzgo que con la ya larga vista que he intentado extraer del inmortal relato castellano, dicho sea con perdón del insigne historiador Cide Hamete Benengeli, quedan muy bien echados los cimientos de la conclusión que ya he anunciado y que explayaré un poco adelante.

La conciencia de su valor y de su dignidad humana

Vimos que al final de la segunda parte Sancho vaticina que antes de mucho tiempo andarán por doquiera pintadas las acciones suyas y del hidalgo; también lo oímos hablar acerca de su propio valor como magistrado, en el caso del gordo y del flaco. Ya en la primera parte había sostenido: «De las mías no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiles; aunque sé decir que, si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mías entre renglones.» 134. Al tratar de su modestia, tuvimos oportunidad de conocer cuán bien arraigado tiene el conocimiento de sí mismo.

Pero donde se encuentra con mayor hondura y claridad la conciencia de Sancho sobre su propia dignidad, que primordialmente es la de ser hombre y por lo tanto sagrario de valores eternos y de posibilidades de toda suerte de señoríos; donde rivaliza con todos los héroes que en la literatura han exaltado el ser español, es en aquellas sencillas frases con que replica a las sandeces del barbero de su aldea: «... *y debajo de ser hombre, puedo venir a ser papa, cuanto más gobernador.*» 135.

Chateaubriand, en *Los Mártires,* cuenta cómo en cierta ocasión un pagano y un cristiano encontraron en su vía a un pobre. El segundo dió a éste la capa, por lo cual el acompañante observó: «Has creído que ése era un dios. —No —respondió el otro—, he creído tan sólo que era un hombre.» Ante esta desnuda respuesta, el por muchos conceptos admirable filósofo Alain, se deshacía en loas, hasta afirmar que ese trozo era el más bello que él había leído en su vida. Aunque las sentencias de Sancho y del cristiano tienen distintos fines, lo esencial de ellas las hermana en belleza y en elevación moral.

No anduvo muy afortunado nuestro gran Suárez cuando cifró en el escudero las fallas del hombre sin carácter; en cambio, la finísima penetración crítica hizo ver a Menéndez y Pelayo que la simplicidad de Panza era «aparente y engañosa», y a Rafael Maya que «Sancho se desbasta y aquilata a medida que la novela avanza y, en la segunda parte, se puede asegurar que es el personaje central». Ya el mismo Cervantes, al comienzo de esta segunda parte, apunta que el escudero, oyendo que eran más «los sospiros y rebuznos del rucio que los relinchos del rocín», coligió que «su ventura había de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor». 136. La duquesa tenía a Sancho «por más gracioso y por más loco que su amo; y muchos hubo en aquel tiempo que fueron deste mismo parecer». 137. El bachiller Carrasco fué todavía más allá, pues consideró que desde la primera parte de la narración dió pruebas Panza de tanto valer que «hay tal que precia más oíros hablar a vos que al más pintado de toda ella». 138.

Lo evidente es que en la segunda parte el más maltratado por villanos, accidentes naturales, y aun por sí mismo, ya que siempre alcanza a darse seis u ocho azotes para desencantar a Dulcinea, viene a ser Sancho; quizá por ello la humanísima ternura de don Miguel lo conduce a avivar más los colores sobre la figura escuderil que sobre la del hidalgo, en un acto de reparación de padre y de cristiano.

Y también es claro que en varios aspectos morales el siervo excede al señor. Este, en el curso de las aventuras, nunca se preocupa por la sobrina y el ama que lo cuidan; en cambio, las fatigas del otro por los suyos, como lo hemos visto, son incesantes; el primero, como desde el principio de la novela se ve, es un ocioso redomado, en tanto que el segundo anda bien metido en las duras faenas del campo; aquél deja a su suerte a Rocinante, mientras éste se desvive por el caballo y sobre todo por el rucio. Y en materia de sereno valor, episodios hay en que don Quijote —cuando el manteamiento o cuando la ira de los vecinos rebuznantes— abandona cobardemente a su fiel compañero; y varios otros, ya nombrados, en que éste se bate bravíamente en defensa del hidalgo. Tras ser irrespetados por unos puercos, el caballero se entrega al abatimiento, en tanto que la cólera lleva a Sancho a clamar venganza. Y hemos tenido oportunidad de ver cómo el rústico reacciona con varonil serenidad ante la derrota de Barcelona, y el hidalgo se deja corroer el alma por la más negra de las melancolías. No es muy sorprendente este contraste, pues en la literatura clásica de Grecia y Roma los dioses mismos a veces aparecen moralmente bajo el nivel de los mortales.

No nos presentó Cervantes en Sancho a un santo, no; pero sí a

un ejemplar español de tipo popular, de quien el mejor elogio fué hecho por el propio don Quijote—la más incontrovertible autoridad en la materia—cuando, en discusión con el canónigo de Toledo, dijo que su escudero era «el mejor hombre del mundo». 139.

1. I, XXI.
2. II, XIII.
3. II, L.
4. I, LII; II, VII; II, LXXIII.
5. I, LII.
6. I, VII.
7. II, XXII.
8. II, XXV.
9. II, V.
10. II, V.
11. II, XIII.
12. I, XXIII.
13. I, XXX.
14. II, XI.
15. II, XXIX.
16. II, XXXI.
17. II, LIII.
18. II, LV.
19. II, XII.
20. I, XX.
21. II, III.
22. II, VIII.
23. II, XXXIII; II, XLII; II, XLIII.
24. II, XLII.
25. II, XXXIII; II, LIV.
26. II, XXVI.
27. II, LIV.
28. II, LIII.
29. I, XXIII.
30. II, LVIII.
31. I, XLVI.
32. I, XXV.
33. II, LVII.
34. II, LXXIII.
35. II, XI.
36. II, LV.
37. II, LIV.
38. I, VII.
39. I, XXIII.
40. II, XXVIII.
41. II, LI.
42. II, LXX.
43. II, LVII.
44. II, V.
45. I, XXI.
46. II, LXX.
47. I, XXVI.
48. I, XV.
49. II, LXVII.
50. II, XXXVI.
51. II, XLIX.
52. II, LXXI.
53. I, XLVII.
54. II, IV.
55. II, XX.
56. II, XIII.
57. II, VII.
58. II, XXXIII.
59. II, XXVIII.
60. II, LXIV.
61. II, LXXIV.
62. II, II.
63. II, XIII.
64. II, LXXIV.
65. II, LXXIV.
66. II, LIV.
67. II, LVII.
68. II, VII.
69. II, IV.
70. II, XXX.
71. I, XXIII.
72. I, XXVI.
73. II, LIII.
74. II, LIV.
75. II, LIII.
76. I, VII.
77. II, XXXVI.
78. II, XLIII.
79. II, XX.
80. I, XX.
81. I, XXV.
82. I, XXV.
83. I, XLVII.
84. II, II.
85. II, LXVII.
86. II, LXX.
87. II, LXIX.
88. II, VIII.
89. II, LXVI.
90. I, XXV.
91. I, XXVI.
92. I, XXXI.
93. II, XII.
94. II, XLV.
95. II, XX.
96. I, XXV.
97. II, LI.
98. II, XLIII.
99. II, XLIII.
100. II, XII.
101. II, LXII.
102. I, XX.
103. I, LII.
104. II, XL.
105. II, XXI.
106. II, XXX.
107. II, LXV.
108. II, V.
109. I, XLIV.
110. II, LXVIII.
111. II, LXXIII.
112. II, XXXII.
113. II, LXVI.
114. II, XLVII.

115. II, XLIX.
116. II, XLII.
117. II, X.
118. II, LXXIV.
119. II, LXXI.
120. II, XLI.
121. II, XXXII.
122. II, LXII.
123. I, XIX.
124. II, XX.
125. II, XXXVI.
126. II, XIII.
127. II, LXII.
128. II, XXVIII.
129. I, XV.
130. I, VIII.
131. II, XIV.
132. I, XLIV.
133. II, XXIII.
134. XXI.
135. I, XLVII.
136. VIII.
137. II, XXXII.
138. II, III.
139. I, L.

Capítulo V

LA SUPREMA LECCION DE SANCHO PANZA

No es necesario ahora comprobar que las calidades que Cervantes relieva en el escudero corresponden a las de los españoles del pueblo, porque por la historia y la sociología bien conocemos que éste es y ha sido cristiano desde los días de Santiago y Pablo, patriota, laborioso, cumplidor de los deberes inherentes a estado y posición, fiel y modesto, inteligente, memorioso, imaginativo, naturalmente pacífico mas de temple heroico siempre que la defensa de su fe, de su patria y de sus fueros así lo exige, sencillo como cortés, amante del vivir alegre, pero sustancialmente dotado de una portentosa capacidad para el sacrificio, gallardo en el triunfo y fuerte en la derrota.

Resta apenas el preguntarnos por qué Cervantes nos dió en Sancho tan alto intérprete de este pueblo, ya que tan completo, gradual y cordial trabajo no puede ser sólo obra de la inconciencia del genio arrebatado por el numen, ni aun de la simple subconsciencia; sino ante todo, de una voluntad bien esclarecida y muy constante. Y así nos vemos lanzados al campo del fin perseguido por el novelista, asunto del que ya en parte tratamos al comienzo de estas notas, y del que tenemos que tratar ahora con más cautela que extensión.

Vimos que el *Quijote* se ha interpretado como enseña de desaliento, como epopeya de la vida familiar y como el poema de la raza. En los tiempos cercanos a su aparición se le juzgó como una parodia de la vida de Lope de Vega, envenenado enemigo de Cervantes, en quien algunos han visto al audaz Alonso Fernández de Avellaneda, autor del *Quijote* apócrifo; otros lo vincularon a Carlos V, con quien sin duda guarda don Alonso Quijano alguna semejanza, como la del retiro de las vanidades del mundo para entregarse a la verdad de Dios; el muy quijotesco don Miguel de Unamuno, en su *Vida de Don Quijote*

y Sancho, a cada instante está estableciendo comparaciones entre la existencia del hidalgo y la de Ignacio de Loyola, andante caballero a lo divino. El enardecido e infatigable Papini pensó en que Cervantes hizo una terrible sátira contra la sociedad de su época, y que para soslayar represalias, acudió al encubrimiento; y así, cuando el hidalgo ve castellanos en los venteros, y damas de pro en mozas del partido, está don Miguel diciéndonos que los nobles de entonces no valían más que esas míseras criaturas. Algo por el estilo guió al encumbrado maestro Ortega y Gasset, para quien Cervantes en las *Novelas ejemplares* ante el catolicismo fué tan hipócrita como Descartes y Galileo. Y varios otros han seguido esta senda del disfraz, en la que uno de los que últimamente han aparecido es José de Benito, quien pretende rasgar los misterios de la novela a base de descubrimientos anagramáticos.

Un personaje del ya citado libro de José Larraz sostiene que «en el Quijote lo que verdaderamente hay es la intención de ponderar el buen sentido gubernativo de Sancho, de las clases bajas, alzaprimándolo sobre el de los hidalgos y caballeros, y, de consiguiente, defendiendo eficazmente la democracia». Resuenan en este concepto las ideas de Adolfo Saldías, para quien don Quijote es el aristócrata conservador, y Sancho el demócrata independiente. Contra esta interpretación, en la que mucho ha tenido que ver el italiano de Lollis con su *Cervantes reaccionario,* se yergue la que, según el recuento de Madariaga, confunde al caballero con los términos «liberalismo-izquierdas», y al escudero con los de «reacción-derechas».

El fin que se propuso Cervantes al comienzo fué el de desacreditar los libros de caballerías; pero, según ya se ha indicado, al correr de la pluma se fueron ensanchando los horizontes, algo así como, al paso del Cid, se dilataron los dominios de Castilla. Por cierto que el objetivo de acabar con esos estrambóticos relatos, pese a cuanto la mayoría de los comentaristas proclama, no fué logrado, porque las narraciones novelescas en que se atropellan las reglas de la verosimilitud, tenazmente defendidas por don Miguel, siguieron y siguen en nuestros días tan pujantes como en los tiempos de Amadís y de Esplandián. Ya Menéndez y Pelayo encontraba estas extravagancias en las novelas seudohistóricas de Dumas, «libros de caballerías adobados a la moderna», y juzgaba a Walter Scott como el auténtico descendiente de los autores de aquellas páginas caballerescas. Madariaga descubre que en las aventuras del *oeste americano* reviven hoy las hazañas de Amadís. Y nosotros podemos ampliar la enumeración con esos personajes que están desnatando los sesos a los chicos y a muchos grandes de nuestros contemporáneos, como el Ratón Miguelito, el Pato Donald, el Superhombre y toda esa caterva que puebla las revistas ilustradas de aventu-

ras. Y hemos dejado de nombrar a Julio Verne y Emilio Salgari, así como a Agata Christie, Simenon y otros autores cuyos héroes propiamente no van a la zaga de todas estas fantasías, ridículamente infantiles para muchos y admirablemente aliviadoras para alguno. ¿No fué Goethe quien dijo que la muerte encuentra que el hombre maduro es niño todavía?

La experiencia está confirmando la idea de Unamuno, según la cual en el Quijote debe imperar la —para la Biblia— inaceptable tesis del libre examen: que cada lector saque de las visiones cervantinas la enseñanza que mejor le plazca. Lo que viene a corresponder al conciliador pensamiento del hidalgo: «... y así eso que a ti parece bacía de barbero, me parece a mí el yelmo de Mambrino y a otro le parecerá otra cosa.» 1.

No es guiado por esta galopante libertad como voy a exponeros mi parecer. No quiero violentar ningún límite; me reduzco a contaros lo que he creído ver que se desprende con naturalidd del *Quijote:* no me atrevería a sugerir que ello corresponde precisamente a las intenciones de don Miguel, sino a pensar que no va al menos contra la sustancia de su empeño.

Para mí, Sancho Panza es el símbolo del pueblo español, con todas sus estelares virtudes históricas y sus humanísimos defectos. Su personalidad, como es lógico suponerlo, se atavía con algunas calidades del mundo que la circunda; pero no perece en él, sino que se sostiene, dilata y glorifica con su avasallante fuerza sustancial. No puede entenderse la tesis, hoy tan en boga, de la sanchificación de don Alonso y la quijotización de Panza, como el desdibujamiento de cada individualidad; no hay base racional para defender el «hombre único» de Van Doren; ni para convenir con Larraz que Cervantes se equivocó al dar remate a su novela, ya que lo ejemplar era que don Quijote se sanchificara y se convirtiera en buen gobernador de un dominio de los duques; ni para doblegarse ante la sublime suposición de Unamuno, según la cual «Cuando tu fiel Sancho, noble Caballero, monte en tu Rocinante, revestido de tus armas y enbrazando tu lanza, entonces resucitarás en él, y entonces se realizará tu ensueño».

No; don Alonso, por más que amengüe su locura, seguirá siendo don Quijote, cuyo ideal no desaparece al final de su biografía, sino que se convierte de terreno en celestial; y Sancho, por más que aprenda como el mejor de los discípulos de todas las universidades de los libros y de la vida, continuará como símbolo perfecto del pueblo de cuyas entrañas brotó.

Ahora bien, la misión de don Quijote es la de conducir; la de Sancho, la de seguir fielmente al conductor. Si el jefe asiste con oportunos

consejos a su súbdito, éste es capaz de administrar justicia como el mejor de los gobernantes en Barataria. Si lo precipita en aventuras de altos fines y de vedados medios, lo lleva hasta el delito de desatar a Ginés de Pasamonte. Si lo estimula a la quimera, por más piadosa que se ofrezca, lo hará caer en el ridículo de desencantar a Dulcinea o de resucitar a Altisidora. El pueblo español tiene vitalidad para todo; pero no puede conducirse por sí mismo. El fracaso de Panza en la ínsula no obedece a falta de honradez, de inteligencia o de actividad; se debe a que su amo no lo adoctrinó para la guerra, para el caso de una invasión de desaforados enemigos. Si don Quijote hubiera estado con su llameante lanza y su inabatible escudo al lado del sagaz y honesto gobernador, nadie hubiera turbado la dulce paz de Barataria. Sancho lo aprende todo, menos lo que no le enseñan.

Así, pues, la lección final del *Quijote* parece ser la de que el gran pueblo de España puede realizar las más difíciles y gloriosas empresas, si a su cabeza tiene un conductor que sepa aprovechar para el bien ese singular material de nobleza y valentía.

Don Quijote recobra el juicio; renuncia, como Carlos V, a la farándula mundana y se entrega al ideal de la eternidad. Pero queda Sancho, resuelto a todo, a asumir la responsabilidad de la derrota por haber cinchado mal a Rocinante, a desencantar princesas y a conquistar imperios, con la condición de que el caudillo no se deje matar por las manos de la melancolía, sino que se levante y empuñe de nuevo la espada de la fe y de la esperanza.

Esta es la historia de España. De pronto vienen etapas sombrías en que reviven las voces honradas de los burgaleses al paso del Cid, rumbo al destierro:

¡Dios, qué buen vassallo, si oviesse buen señor!

Y de pronto el mundo se siente más grande, más rico y más iluminado, porque el armonioso enlace de un gran jefe con el pueblo de España le está enseñando que la Gloria ha vuelto a hacer suyos los estandartes de Granada, de Lepanto y de América.

Lucio Pabón Núñez
Senado de la República
Bogotá (Colombia)